

La figurante

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DE
A. B. YEHOSHUA EN DUOMO

El cantar del fuego

El amante

El señor Mani

A. B. YEHOSHUA

La figurante

Traducción de Isabel Marín



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título original: *Nitzevet*

© 2014, de Abraham B. Yehoshua

Publicada por primera vez en hebreo con el título *Nitzevet* por Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 2014 en la imprenta Hasifria Habadasha

© 2017, de la traducción: Isabel Marín

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-30-9

Código IBIC: FA

DL B 2101-2017

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Ika, amada, compañera

1.

El teléfono móvil la despierta a las cuatro en punto de la mañana, y aunque no es más que la alarma olvidada del día anterior, Noga deja sonar la melancólica melodía que un viejo flautista que no quiere ser olvidado instaló en el aparato antes de su larga visita a Israel. Cuando por fin vuelve el silencio, Noga renuncia a volverse a acurrucar en la manta de cuadros de sus padres y retomar el profundo sueño interrumpido por accidente. En lugar de ello, trastea suavemente entre las manivelas de la cama eléctrica, alzando la cabecera del lecho para poder explorar, todavía acostada, el amanecer jerosolimitano en busca de la estrella cuyo nombre lleva.

Cuando era niña, su padre le decía que para encontrar su planeta tenía que buscarlo o bien antes de que amaneciera, o bien justo antes de que anoheciera, «pero, aunque no consigas encontrarte a ti misma en el cielo –le decía–, tienes que mirar hacia arriba de vez en cuando. Observa por lo menos la luna, que es más pequeña que tu estrella, igual que tu hermano es más pequeño que tú. Lo que pasa es que, como está más cerca de nosotros, nos parece que es más grande».

Ya sea debido a su forzada ociosidad o a su trabajo como figurante, que a veces la obliga a trabajar de noche, lo cierto es que en esta visita a Israel alza la vista a menudo hacia el fir-

mamento, que además no tiene nada que ver con los plumizos cielos de Europa.

Antes de la muerte de su padre, en las breves y contadas ocasiones en que visitaba Israel, prefería alojarse en casa de sus amigos de la época del conservatorio, en lugar de hacerlo en casa de sus padres. Al revés de lo que creía su hermano Honi, no era porque los nuevos vecinos ortodoxos que habían «ennegrecido» el barrio le provocaran algún tipo de animadversión. Precisamente a ella, que llevaba varios años alejada de Jerusalén y vivía en el privilegiado y liberal ambiente europeo, le resultaba mucho más fácil creer en la convivencia respetuosa y tolerante con una minoría, a pesar incluso de que esta mostrara signos de convertirse en mayoría. Además, cuando era una adolescente, sus vecinos nunca se quejaron, ni siquiera cuando practicaba sus ejercicios musicales durante el *sabbat*.

–En el Templo también se tocaba el arpa los días de fiesta –le dijo una vez, con un deje irónico, el Sr. Pomerantz, el guapo *jasid* que vivía en el piso de arriba–, así que seguro que a los que temen al Creador les agrada saber que tú ya estás ensayando para la venida del Mesías.

–¿A las chicas como yo también las van a dejar tocar en el Templo? –le preguntó la joven música con el rostro encendido.

–A las chicas como tú también –confirmó el hombre, examinándola atentamente–, y si cuando llegue el Mesías los sacerdotes no te dejan tocar por ser chica, te convertiremos en un muchacho bien guapetón.

Hasta un recuerdo tan insignificante como este refuerza su convicción de que aquí prevalece un clima de tolerancia. A diferencia de su hermano, que se preocupa demasiado por su madre, a quien considera sitiada ya por los ultraortodoxos, Noga estudia el veloz avance de los religiosos sin resentimien-

to ni acritud, adoptando más bien la mirada folclórica y algo divertida de una turista ya madura a quien el universo ha decidido ofrecerle un concierto particular de música y colores.

Después de su boda vivió varios años en Jerusalén con su marido, Urías. Pero, después de separarse, tanto de Jerusalén como de él, algunas noches, cuando a veces iba a visitar a sus padres para el *sabbat*, prefería volver a Tel Aviv. La amistad y la intimidad de sus padres, que se habían afianzado aún más con la vejez, en lugar de tranquilizarla la agobiaban. No le habían dicho nada acerca de su negativa a traer hijos al mundo, y hasta parecían haberse resignado, pero, pese a ello, Noga tenía el presentimiento de que no era la única para quien era un alivio no compartir techo por las noches. Además, así se ahorraba enfrentarse a la feroz fidelidad de una pareja que seguía siendo leal hasta en su antiguo camastro de madera, estrecho y desgastado, en el que sus padres seguían acurrucándose juntos en serena armonía. Si a uno de los dos le asaltaba un mal sueño, o se despertaba abrumado por una nueva preocupación, el otro se despertaba también al momento para continuar con una conversación que parecían haber empezado mientras dormían.

Una vez, durante una tormentosa noche, Noga decidió quedarse en la habitación de su infancia por temor a no conseguir transporte para volver a Tel Aviv. En mitad de la noche, entre el silbido del viento y los destellos de los relámpagos, vio a su padre dando vueltas por las habitaciones con pasitos cortos, con la cabeza inclinada, el gesto humilde y las manos cruzadas a la altura del pecho como un monje budista.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? —se oyó al cabo de un rato desde del lecho conyugal un reproche jovial.

—Los truenos y los relámpagos me han convertido de repente en chino —se disculpó el padre con un susurro mientras

inclinaba la cabeza ceremoniosamente ante la multitud de chinos que habían venido a interesarse por él.

–Pero si los chinos no andan así...

–¿Qué?

–Los chinos, que no es así como andan.

–Entonces ¿quién anda así?

–Los japoneses, los japoneses nada más.

–Ah, pues entonces soy un japonés –se tranquilizó su padre, acortando aún más sus pasos y dando vueltas alrededor del estrecho camastro, mientras hacía educadas reverencias a la esposa de su juventud, que a la sazón seguía acostada frente a él–. Qué le vamos a hacer, cariño, la tormenta me ha lanzado por los aires y me ha convertido en japonés...

2.

El chino-japonés tenía setenta y cinco años cuando murió, puro buen talante y mejor humor hasta el último suspiro. Una noche su esposa se despertó para hacer las paces con una idea que le venía rondando en la cabeza desde antes de irse a dormir, pero no obtuvo ninguna respuesta. Al principio interpretó el silencio como aprobación, pero luego comenzó a sospechar. Intentó sacudir a su esposo para que le diera su beneplácito en voz alta, pero mientras lo zarandeaba se dio cuenta de que su compañero había abandonado el mundo sin siquiera un suspiro.

Durante el duelo, mientras lloraba su muerte rodeada de parientes y amigos, hablaba de su silenciosa y maleducada partida con una mezcla de admiración y resentimiento. Bromeaba diciendo que su marido, que había sido ingeniero a cargo del servicio de aguas del Ayuntamiento de Jerusalén, había conseguido manipular a escondidas su propia muerte, bloqueando la corriente de sangre que fluía hacia su cerebro, igual que a veces cortaba el suministro de agua a los ortodoxos que se negaban a pagar los recibos a un Ayuntamiento al que acusaban de «sionista». «Si vuestro padre me hubiera desvelado el secreto de una muerte tan dulce –se quejaba ante sus hijos–, yo podría ahorrarnos las penas de mi propia muerte, que serán, lo sé, más largas e insoportables para todos nosotros.»

–Las aguantaremos bien –le prometió, solemne, su hijo–,

pero con una condición: despídete definitivamente de Jerusalén, vende este piso, que de todas maneras ya cada vez vale menos con la enorme cantidad de religiosos que están mudándose aquí, y vente a Tel Aviv, a una residencia, cerca de mí y de tus nietos, que cada vez tienen más miedo cuando toca venir a verte a Jerusalén en *sabbat*.

–¿Tienen miedo? ¿De qué?

–De que a cualquier fanático se le vaya la pinza y apedree el coche.

–Pues entonces haz el favor de aparcar fuera del barrio y tráete a los niños andando, que no le va a hacer mal a nadie. A mí no me parece que tenerles miedo a los ortodoxos sea algo muy respetable.

–No es tanto miedo lo que tienen..., es más bien una especie de asco...

–¿Asco? ¿Asco por qué? Son seres humanos, como tú y como yo... Y los hay buenos y malos, como en todas partes.

–Seguro que sí; lo que pasa es que es imposible diferenciarlos... Son todos iguales... Y aunque fueran todos unos angelitos, no van a ser los ortodoxos quienes se ocupen de ti. Por eso es mejor que ellos se queden aquí y que tú, que estás sola, te vengas a vivir cerca de nosotros.

Su hermana había permanecido en silencio. No porque no le pareciera razonable lo que Honi decía, sino porque no creía que su madre fuera a consentir en abandonar Jerusalén. No iba a acceder a renunciar a su apartamento, viejo, sí, pero también cómodo y amplio, y donde había pasado casi toda su vida, para encerrarse en una minúscula habitación en una residencia en Tel Aviv, ciudad que además despreciaba.

Pero Honi también tenía algo que reprocharle a ella. Ahora que su padre había muerto, se le hacía aún más difícil encargarse a solas de su madre.

–Ya que te largaste del país para escabullirte de tu responsabilidad para con tus padres –atacó–, por lo menos échale una mano a quien se ha quedado defendiendo el fuerte.

La crítica la molestó. Ella no había abandonado Israel para eludir sus responsabilidades, sino porque no había conseguido que ninguna orquesta la admitiera.

–Te habrían admitido en un montón de orquestas israelíes si no te hubieras empeñado en tocar un instrumento tan aristocrático. Podrías haber elegido uno más democrático.

Noga se echó a reír.

–¿Democrático? ¿Qué es un instrumento democrático?

–La flauta, el violín..., hasta la trompeta, si me apuras.

–¿La trompeta? Te vas a arrepentir de semejante majadería.

–Ya me he arrepentido, pero antes de que te vayas otra vez, ayúdame a convencer a mamá de que se vaya de Jerusalén. Así podrás quedarte a vivir tranquila en Europa toda tu vida si te apetece.

A pesar de los piques y las disputas, el afecto y la confianza reinan entre hermano y hermana, y cada vez que él intenta burlarse de ella delante de algún miembro de la familia, ella puede devolverle el golpe contando algún episodio humillante de su infancia, como cuando, por ejemplo, en primaria, la llamaban para que fuera corriendo a la guardería de su hermano. Honi se dedicaba a gastarles bromas pesadas a sus amigos, obligando a las maestras a encerrarlo en los servicios y esperar a que llegara su hermana. Noga tenía entonces que acompañar y consolar a su hermano, que lloraba y berreaba durante todo el trayecto desde la calle de los Profetas hasta su casa en la calle Rashi.

Ahora, a sus treinta y seis años, su hermano dirige una empresa de comunicación y producción de documentales y pu-

blicidad. Honi lucha, por lo general con éxito, para ganarse su pan y el de sus empleados con sus nuevas y originales ideas. Aun así, la vida no es fácil. Su esposa, a quien Honi adora, es una artista con algo de renombre entre los entendidos. Pero sus obras, demasiado intelectuales y sofisticadas, difícilmente encuentran comprador. Quizá sea esa la razón por la que cría a sus tres hijos con cierta aspereza, lo que ha causado problemas de atención en el mayor y llantera crónica en la más pequeña. Por eso cuando Honi vuelve a insistir en que su madre se vaya de Jerusalén y se mude a una residencia cerca de su casa en Tel Aviv, no lo hace solo por motivos económicos. Su hermano sigue obligándose a sí mismo a ser el ejemplo de hijo devoto y servicial, y más ahora tras la muerte de su padre, pero sin tener por ello la intención de complicar más su ya de por sí complicada vida.

3.

Noga inclina la cama, que deja escapar un leve ronroneo, se levanta con cuidado y a pasitos cortos, parecidos a los de su padre durante aquella noche de tormenta, se acerca al amplio ventanal del salón para observar el planeta dorado a través de los barrotes de metal. Un amigo suyo muy instruido, violinista en la Orquesta Filarmónica de Arnhem, le explicó cuando se enteró del significado de su nombre en hebreo que, en la mitología, Venus no representaba solamente la femineidad, sino también lo diabólico, aunque no supo explicarle cuál era esa naturaleza diabólica. En la calle vacía y silenciosa una mujer joven tocada con una impresionante peluca rubia tira de un niño adormilado que carga su cartera escolar, los pálidos tirabuzones balanceándose bajo su sombrero negro. Los sigue con la mirada hasta que desaparecen calle abajo, y continúa entonces hasta la «habitación de los niños», donde sus dos maletas, completamente abiertas, dan la sensación de hallarse de paso, como si estuvieran deseando volver a Europa. En una esquina, envuelto en una raída tela encerada, se encuentra un instrumento antiguo que Honi ha rescatado del trastero para que ella decida qué hacer con él. Cuando terminó la escuela primaria, su padre la sorprendió con este instrumento, mitad arpa, mitad laúd, con el que se había topado en una tienda de antigüedades de la Jerusalén oriental. Tenía solo veintisiete cuerdas, la mitad

de las cuales estaban ya rotas o desaparecidas; las que habían sobrevivido temblaban al menor roce. Durante una de sus anteriores visitas a Israel se había acordado de él y hasta había pensado llevárselo a Arnhem en busca de jóvenes europeos que estuvieran dispuestos a hacerse cargo de un instrumento tan antiguo, pero incluso ella misma se dio cuenta de que ni siquiera en una ciudad tan cultivada como la holandesa, tan cerca de la frontera alemana, sería fácil encontrar a alguien que tuviera algún interés en un instrumento como aquel.

Durante los primeros días de esta última larga visita a Israel, había echado muchísimo de menos tocar. Pero, aunque le hubiese cambiado las cuerdas al arpa de su infancia, no habría servido para saciar su deseo de la riqueza melódica de su verdadera arpa. Una semana después de su llegada a Israel había ido a un concierto de la Orquesta Sinfónica de Jerusalén. Durante el intermedio se había presentado a la arpista, una joven de origen ruso, para preguntarle si sería posible practicar con el arpa jerosolimitana cuando nadie la tocara. «Deja que me lo piense», le respondió la joven arpista, estudiando a la madura emigrante que había abandonado Jerusalén, no fuera a ser que estuviera planeando volver a Israel para arrebatarse su puesto en la orquesta. «Dame tu número de teléfono –añadió algo a la defensiva–, y ya te llamo yo.» Como era de esperar, la recelosa música todavía seguía pensándose. Pero, mientras tanto, sus ganas de tocar se habían ido mitigando. En diez semanas, el periodo de prueba en la residencia habría terminado y ella regresaría a su arpa, que la esperaba en el sótano de la sala de conciertos holandesa, lista para los ensayos de la *Symphonie fantastique* de Berlioz.

Mientras tanto se contentaba con acariciar las manivelas de la cama, cuyo mecanismo eléctrico estaba disimulado en

una polvorienta caja negra debajo del somier. Esta cama, tan extraña e incongruente comparada con los anticuados muebles del piso jerosolimitano, había sido recibida con gratitud tras la muerte de su padre, como una especie de consuelo y compensación por el esposo que había abandonado este mundo en un silencio absoluto. Y lo cierto es que solamente tras la partida del dueño de la casa podía una cama tan sofisticada como esa haber encontrado su lugar en ese hogar, sustituyendo al estrecho y desgastado lecho conyugal. La cama era obra de Yosef Abadi, un joven y talentoso ingeniero que había trabajado con el padre en el Ayuntamiento y que, tras la jubilación de este, había seguido manteniendo la amistad con él. Durante el duelo, Abadi y su mujer habían visitado puntualmente cada día a los dolientes, mañana y tarde, trayéndoles comida y periódicos y ofreciéndoles su ayuda para resolver cualquier cosa que necesitaran tras el repentino fallecimiento. Pero como la familia no tenía cómo compensar la generosidad y la solicitud de la pareja Abadi, a la viuda se le ocurrió pedirle a Yosef Abadi que la ayudara a deshacerse del viejo lecho matrimonial, que quizá podría ser de utilidad para alguna joven pareja de Jerusalén, judía o árabe. Tras la muerte de su marido, sentía la necesidad de hacer algo de espacio en el dormitorio conyugal, y le bastaría con tener una sencilla cama individual. Pero el ingeniero protestó. ¿Por qué conformarse con una cama sencilla si podía disfrutar de una más sofisticada? Hacía un año, en su pequeño taller casero, había restaurado para su anciana tía una vieja cama de hospital, añadiéndole un mecanismo eléctrico que funcionaba con manivelas y pedales, y no le supondría ningún problema instalarle una igual a la viuda: una cama con múltiples combinaciones, pero de fácil uso, que tiende a su ocupante casi de manera automática y lo levanta sin esfuerzo alguno. Una cama que alza la cabeza del usuario

a la altura precisa y que calma el dolor de las piernas con la inclinación adecuada.

Puesto que al principio ninguno de ellos sabía muy bien de que se trataba, nadie osó rehusar la generosa oferta, y al final del duelo los empleados del servicio de aguas se llevaron el viejo lecho conyugal de su antiguo director y en su lugar instalaron la cama eléctrica, mientras que el joven amigo se apresuraba a enseñar a la sorprendida viuda cómo hacer su vida más fácil con un rápido movimiento de sus dedos.

—¿Y cómo es que no le hablaste a mi marido de una cama tan interesante? —exclamó ella, maravillada—. Podrías haberle construido una como esta y habría podido disfrutarla antes de morir.

—Qué va —se rio el ingeniero—, nunca habría estado dispuesto a renunciar a vuestra vieja cama.

—Es verdad —reconoció la viuda sonrojándose como una adolescente—, tú lo conocías mejor que yo. No me extraña que te tuviera tanto cariño.

Luego, con aire triunfante, se volvió hacia Honi, retándole para que él también se tumbara en la cama y comprobara sus virtudes.

—¿Ves? No hace falta que me exilie de Jerusalén. Una cama tan sofisticada como esta puede encargarse perfectamente de mí solita.

La firme respuesta no se hizo esperar: ni siquiera una cama tan sofisticada podía encargarse de ella en caso de verdadera necesidad, pero si la cama también se mudaba a la residencia, entonces sí que sería de utilidad.

4.

Ayer, justo antes de que amaneciera, Noga esperaba a que la recogieran en el cruce entre la calle Yeshayahu y la calle de los Profetas. Unos cuantos religiosos, provenientes de Gueula y Kerem Abraham, se dirigían en silencio calle arriba hacia el centro de la ciudad, poniendo especial cuidado en no acercarse a la solitaria mujer. En el otro lado de la calle, en la parada de autobús junto a lo que una vez fue el cine Edison, descubrió una figura formidable y voluminosa, como petrificada, que escondía la mirada bajo el ala del sombrero. ¿Seguiría vivo? Un escalofrío sacudió a Noga, que todavía seguía afectada por el sueño definitivo de su padre, seis meses atrás. Atravesó la calle vacilante y temerosa y, a pesar de que cabía la posibilidad de que no fuera más que un *jaredí* enorme que se había parado a descansar, se atrevió a alargar la mano y alzarle el sombrero para clavar la mirada en los ojos azules enrojecidos de un anciano figurante que también estaba esperando a que lo recogieran.

El hombre resultó ser un exmagistrado que se había retirado hacía varios años, pero que, gracias a su extraordinario peso y altura, era muy solicitado como extra. Había pasado mucho tiempo sentado pasivamente en su sillón de juez, y por eso ahora disfrutaba de manera especial aliñando sus últimos años con todo tipo de nuevos e insólitos papeles que lo llevaban por

las cuatro esquinas del país. A pesar de su considerable experiencia como figurante, no tenía ni idea de quién ni para qué rol los habían convocado hoy. Los productores, le explica, no suelen desvelar de antemano a los figurantes la localización de la grabación, por miedo a que alguien se arrepienta en el último momento. Los anuncios, por ejemplo, no le gustan a todo el mundo. Normalmente lo que a la gente le hace ilusión es participar, aunque sea con un papel muy pequeño y marginal, en una historia de ficción, pero les echa para atrás que los usen como inútiles extras en un anuncio supercorto, que a veces hasta es de dudosa moral o poco respetuoso.

–¿Y usted, señorita? –le preguntó Noga con dulzura al anciano figurante–. ¿Qué le parecen los anuncios?

El antiguo juez le explica a Noga que no le preocupa lo más mínimo aparecer en anuncios de productos de saldo o negocios turbulentos. Es verdad que a sus hijos les da algo de vergüenza, pero sus nietos se vuelven locos de alegría cada vez que aparece en la tele.

–No tengo enemigos que puedan ponerme en ridículo –bromea–; cuando era juez prefería repartir multas en vez de mandar gente a la cárcel.

Un minibús amarillo se detiene a su altura. Su único viajero es un hombre moreno de unos sesenta años que parece reconocer a Noga, puesto que, una vez que el juez y ella se han instalado, se apresura a sentarse a su lado y, con un tono amigable en el que se percibe un leve tartamudeo, le dice:

–Me alegro de que hayas vuelto de entre los m-muertos.

–¿De los muertos?

–Bueno, de los a-asesinados –aclara, presentándose como uno de los extras de aquella noche de hace una semana, en la que los refugiados habían desembarcado en la playa.

–¿En serio? –responde ella, sorprendida–, ¿tú también es-

tabas en la barcaza ruinosa aquella? ¿Y por qué no te reconocí? ¡Nos hicieron remar mar adentro y volver a desembarcar por lo menos tres veces!

–Es que yo no estaba en la barca de los refugiados. A mí me mandaron al cerro, con los policías que os di-disparaban. Es bastante probable –se le escapa una risita avergonzada y su tartamudeo empeora– que fuera justo y-y-yo quien te matara tres veces, aunque me diera bastante pe-pena.

–¿Pena? ¿Por qué?

–Porque a pesar de la oscuridad y de esos harapos que te pusieron, me pareciste bo-bonita e interesante incluso de-desde lejos, y tenía la esperanza de que el director te dejara trepar hasta nosotros para que te pu-pudiéramos asesinar desde más cerca.

–Qué va –suspira ella sonriendo–, el director no tuvo mucha paciencia conmigo. Cada vez que volvíamos a desembarcar, me liquidaba en un periquete y me pedía que me quedara tumbada un montón de rato sin moverme, a veces boca abajo, y otras, boca arriba, para que la cámara pudiera inmortalizar la crueldad con la que nos asesinabais.

Noga estudia con simpatía al extra, que explota en una ruidosa carcajada. Tiene el rostro delgado y anguloso, pero su mirada es amable y cordial. Su tartamudeo, que tiene algo de infantil, es impredecible e intermitente. Por un momento se plantea contarle que en realidad había disfrutado de los largos ratos de hacerse la muerta que le habían impuesto. El cielo primaveral resplandecía de estrellas y la arena todavía guardaba el calor del sol. Las minúsculas conchas que se adherían a su rostro la devolvían a la playa de Tel Aviv, donde ella y su ex-marido solían pasearse de noche.

–¿Y qué hicisteis cuando acabasteis con todos nosotros?

–Nos cambiamos de ropa corriendo y nos convertimos en agricultores y granjeros que escondieron a la he-heroína.

–¿Heroína? ¿La heroína iba con nosotros?

–¡Claro que sí! Iba con vosotros en la barca, una refugiada a quien el guion le perdona la vi-vida y la deja escapar a la aldea. ¿Es que no os explicaron la historia? ¿O al menos la escena en la playa?

–Puede que sí, pero, por lo que se ve, no me enteré –se disculpa ella–. Fue la primera vez en mi vida que trabajaba como figurante y todavía me resultaba raro someterme así a la imaginación de otros.

–Entonces –las palabras se le amontonan en los labios– no m-m-me sorprende que decidieran ma-matarte de las p-p-primeras.

–¿Por qué?

–Porque seguramente te faltaba naturalidad. Como extra, digo. Seguro que mirabas a la cámara demasiado. De todas maneras, ¿cómo es que te metiste en esto? ¿A qué te d-dedicas? No eres de Jerusalén, ¿no?

Aunque el tono de las preguntas es amistoso, Noga no tiene ninguna prisa en contestar. Tras un largo silencio, dice:

–¿Por qué no te presentas tú primero?

–Será un placer. –El hombre no desperdicia la oportunidad–. Llevo tanto tiempo de figurante que ya ni me llaman por miedo a que los espectadores me reconozcan de otras películas. Durante años he sido oficial de la p-p-policía, pero cuando mi ligero tartamudeo, que seguramente habrás notado, empeoró, me prejubilé y ahora puedo ganarme la vida haciendo lo que me gu-gusta. Por hoy no te preocupes, que no habrá ni tiros ni muertos. Hoy vamos a sentarnos tranquilamente como mi-mi-miembros de un jurado y vamos a dedicarnos a seguir el juicio hasta que alguno de nosotros pronuncie la sentencia.

–¿Un jurado? ¿Estás seguro, Elazar? En Israel no hay ningún jurado –interrumpió sorprendido el magistrado, que no

perdía palabra de la conversación que tenía lugar en el asiento de delante.

–Es verdad, aunque lo más seguro es que la escena tenga lugar en otro sitio. Hoy en día también se graban en Israel pe-pe-películas extranjeras, y, de todas maneras, a veces algunas escenas son como sacadas de un sueño, como en las películas de Bergman o Fellini, así que ¿por qué no va a poder haber un jurado?

El minibús comenzó a tomar velocidad en la autovía que baja de Jerusalén, y una vez que llegó a la cima de Castel, abandonó la carretera principal para girar hacia Mevasseret Yerushalaim. Una vez allí, una decena de hombres y mujeres de distintas edades los esperaban en una parada de autobús.

–Ahí tienes –dijo Elazar–, cuenta. Con nosotros hacen doce miembros del jurado más un suplente, en caso de que alguno de nosotros se canse o decida irse. ¿Por qué no me-me quieres contar cómo has acabado con nosotros? ¿Acaso es un secreto, o es un asunto complicado?

–Qué va, no es un secreto –le respondió la arpista con una sonrisa–, pero sí un poquito complicado...